

Evité dormir para caminar calzada a cuatro patas por los pasillos y el corralón empedrado. Empecé a estrenar dos veces por semana. Mis amigas tuvieron regalo el santo y el cumpleaños. Calcé a los limosneros del barrio. Con frecuencia dejaba algún zapato en las visitas, pero esto no dio resultado; las familias devolvían el huerfanito y me ocasionaban regaños y castigos. Fue mejor olvidar pares flamantes, escogido el número adecuado, a los niños de la casa.

A las zapatillas respunteadas les tomé tal saña que muchas fallecieron bajo las ruedas del tranvía. Fue también un buen sistema recolectar bolas de chicle de todos los pupitres. Son infalibles contra el raso y el glasé.

Pero el afán es agotante. A veces camino diez y más kilómetros persiguiendo con mi tirria la dureza de estos cueros

embujados que no sufren ni se alteran, soportan inmutables mis ampollas y mis pataleos. He inventado pasos que doblan el desgaste; pero estoy muriendo. Sus lengüetas asesinas me atormentan y las suelas se incendian con mi calentura. No hay manera de acabar con esta plaga. Inauguro seis grilletes cada día y apenas unas cuantas filas desaparecen. El blanco cajerío se aprieta malicioso mientras agonizo.

Es muy duro rasparlos con lija; muy difícil que se rompan dando saltos. Las uñas se quiebran y me sangran los diez dedos en esta lucha infortunada. A una legua de distancia el olor de la banquetta me denuncia, no es que sude, lo que pasa es que metida en estos cepos cualquiera se deshidrata. Los modelos cada instante son más viejos, me avergüenzan. Hacen falta siete vidas para usarlos. No se acaban...

EN EL CREPUSCULO MODERNISTA

(A LOS HIJOS DE RAFAEL LOPEZ)

YA ERA TIEMPO de recoger cuidadosamente los versos de este buen poeta, y yo felicito al gobierno de Guanajuato por haber proporcionado a ustedes la ayuda indispensable. * Tal vez, para mi gusto, exigiría yo de la piedad filial otros esfuerzos complementarios, como son el establecer poco a poco la cronología de la obra poética, el recoger otros poemas (por ejemplo, algunos que aún figuraban en el libro *Con los ojos abiertos*, aunque el autor los haya excluido de su última selección), el juntar también en lo posible todos los artículos, crónicas y reseñas hasta hoy dispersos en las revistas y que interesan a los anales de nuestra vida literaria.

Sé que este volumen estaba destinado a aparecer en ocasión de la Feria del Libro, y creo que, dentro del plazo apremiante, no se podía hacer más ni mejor. El volumen, tal como hoy se publicará, posee ya un valor permanente. Por mi parte, no pude leerlo con objetividad crítica. El oficio es cada vez parte más íntima de mi vida, y ya no acierto a distinguir claramente lo uno de lo otro. La emoción me perturbaba a cada página. Se me echó encima el recuerdo de mis no cumplidos veinte años, mi llegada a la Preparatoria, mi juventud, los últimos días del Modernismo, la pléyade que representó la transición entre la *Revista Moderna* (don Chucho Valenzuela, Nervo, Tablada, Urueta) y el grupo juvenil de *Savia Moderna*, donde daba yo mis primeros pasos. Por eso no he querido ofrecer a ustedes nada que aspire a la condición de un juicio o dictamen (¡horror!), sino una sencilla charla para dar salida a mis evocaciones.

En todo caso, el que ustedes me hayan permitido ojear los originales antes de enviarlos a la imprenta ha sido para mí un privilegio que les agradezco muy de veras: aunque he tratado de Rafael López en varios lugares, siempre tuve la impresión de que me había yo quedado en deuda con su memoria, y esta impresión se confirma ahora en la deliciosa relectura, pues declaro que cada vez hallo esta poesía más viva y perdurable.

* El proyecto no se ha realizado aún en octubre de 1957.

Por Alfonso REYES



Rafael López en 1911

¡Qué alegría artística, por dondequiera que pellizque las páginas! ¡Qué resuelta voluntad de hacer bien las cosas! ¡Qué garbo en las frases! ¡Qué vigor monumental! ¡Qué sentido de la unidad poemática! ¡Qué alma en constante vibración de esperanza! ¡Qué mexicanidad espontánea y no traída por los cabellos, tan por encima de los pobres recursos del costumbrismo y tan bien trabada en las preocupaciones universales! ¡Cuánto amor, cuánta luz, fiesta de palabras, cosecha de versos inolvidables, estatuario encanto parnasiano y, a la vez, honda respiración nacional! La musa de Rafael López no se avergonzaba de ser patriótica, hasta un tanto ingenua y oratoria a ratos, ni temía dejarse llevar un poco por la inercia "modernista" (demos a las cosas su nombre, sin intención aviesa), segura de salir adelante con ese firme tranco que la llevaba como por declive natural hasta el término feliz de cada poema. Aquí no hay derrota, no hay dejación ante los desafíos cotidianos. Gran lección, hoy que se intentan tantos artificios para atrapar la voz auténtica, la que se da y no se pide, la

que se posee y no se busca; hoy que se confiesan tantos desalientos aun antes de entrar en la lisa. Ser poeta era por entonces —además de labrar los versos en mármol, en oro y en marfil—, sentirse valiente y superior a todas las bajas ambiciones.

En aquella secretaría particular de don Justo Sierra, bajo la dulzura epigramática de Luis G. Urbina, saltaba el ingenio —fuego fatuo— de mesa en mesa. Todos, en resumidas cuentas, se querían como hermanos a la postre bien avenidos. Cada uno —Urbina, López, Argüelles Bringas, de la Parra, Elizondo— admiraba al otro sin esfuerzo, en lo suyo y sin exigirle que diera espaldas a su propia naturaleza. Se ganaba poco, se necesitaba poco. La vocación poética (no saben lo que se pierden quienes simplemente la simulan) contribuía todo el oro de ensueños románticos que hacía falta para ir venciendo la jornada en una bohemia feliz. Dichosos tiempos. Todo se transfiguraba tras el velo ardiente de la poesía.

Quienes conocieron aquellas horas, sentirán cómo resucitan, en los versos de Rafael, el México todavía sin rascacielos, donde siempre era dable echar un vistazo a los horizontes, a las nubes, a la luna y a las estrellas; el Zócalo, siempre algo apretujado y nervioso, aunque con tanto espacio a la vista; Plateros, sus carruajes y sus vespertinas "bolas de alcanfor"; la Alameda y sus crepúsculos de esplendor veneciano; el Bosque y sus barbas de heno, todavía un poco silvestre; los Toros atronados, Lagartijillo "el de quietos pies", el mechón de Silveti; las cortesanas demasiado vestidas como los figurines de *El Mundo Ilustrado*; las floristas callejeras; hasta "la matona" de don Porfirio que decía *El Hijo del Ahuizote*... y, al fin, "el coñac de Chapultepec" (para quien lo entienda). En otro plano, las heroicas imágenes; las caras de bronce, los indios, criollos y mestizos que llenan nuestros fastos históricos; los girones del paisaje nativo; las ciudades de la provincia envueltas en la nube de su leyenda; la Malinche, Sor Juana, Hidalgo y Morelos, Juárez y Maximiliano; cuadros que acaso hubiera firmado Darío —Darío el maestro sumo de Rafael, como también, a través de Darío, alcanzó a serlo Victor Hugo. Y un latido erótico de uno a otro cabo del desfile. Por suerte las notas "saturales" se quedaron allá en las modas de los comienzos, y triunfó esa generosa música de cristiano pagano que agradece al sol y a la noche, al cielo y a la tierra, todo lo que han querido darnos. Dichosa edad, poetas y amigos inolvidables.

Rafael, buen hacedor de frases, solía decir que la poesía de Roberto Argüelles Bringas era el sudor de cabrío de su virilidad. Roberto, junto a él, resultaba duro, enigmático, austero. Su probidad estética le hacía recitar mal, y como opacándolos de propósito, sus propios versos, para no adornarlos con encantos postizos. Pero un día Rafael, ausente, le encargó que leyera, ante el Ateneo de la Juventud, *La Bestia de Oro*; y no fue poca sorpresa oír a Roberto recitar como un órgano, prestando al poema del amigo toda la armonía y el resuello que nunca se consentía para sí mismo. Destaco este rasgo como me acude, como otra pinclada de época, y para de una vez encerrar en la misma orla a los Dióscuros de nuestro crepúsculo modernista.

México, octubre de 1956